

VIDA

DE

DON FRANCISCO DE QUEVEDO VILLEGAS.

ENTRE los linajes que hacían famoso el valle de Toranzo, en las montañas de Búrgos (1), era reputado por de la primera nobleza el de los QUEVEDOS, que venía de los ricos hombres de Castilla. Mediaba su casa infanzona y solariega entre los lugares de Bárcena y Bejorís, en una eminencia que se dice barrio de Cerceda. De ella era señor, al promediar el siglo XVI, Pedro Gomez de Quevedo, natural del último de estos pueblos, donde vivía juntamente con su hermano Juan, bien que ambos fuesen de gustos é inclinaciones opuestas (2). Aficionado á las costumbres del campo y á los placeres de la caza, nunca anheló Juan pasar á la otra parte de los montes, contenta su ambición con los puestos y oficios honoríficos que se distribuían entre los hidalgos de aquel valle, y pagado y satisfecho con ver su nombre y armas (3) en los recamos de los ornamen-

(1) En la provincia de Santander.

(2) Hijos ambos de Pedro Gomez de Quevedo el viejo, natural de Bejorís, y de Maria Saenz de Villegas, natural de Villasevil, del mismo valle de Toranzo. (Nota autógrafa de DON FRANCISCO DE QUEVEDO, en el archivo del tribunal especial de las Ordenes militares.)

«Por lo Villegas tuvo DON FRANCISCO por sus ascendientes á Pedro Ruiz de Villegas, adelantado mayor de Castilla y señor de Muñon y Caracena, que casó con Teresa de la Vega, hija única de Gonzalo Ruiz de la Vega el del Salado. Y también á Sancho Ruiz de Villegas, comendador de la orden y caballería de Santiago, capitán de la guarda del rey don Juan el Segundo, corregidor de la ciudad de Alcaraz, el cual estuvo casado con doña María Andino, é hizo muchos y muy señalados servicios á la corona de Castilla. Y asimismo lo fué don Alonso Ortiz de Villegas, caballero de Toledo, de quien descienden los marqueses del Villar; el cual, de su nobilísima mujer doña María de Silva, tuvo por hijos á don Diego Ortiz de Villegas, que pasó á Portugal por confesor de la princesa doña Juana, y el rey don Juan el Segundo de aquel reino le hizo su capellan mayor y obispo de Ceuta, y lo fué despues de Viseo. Y también á doña Mencía de Villegas, que casó con Pedro Fernandez de Villanueva, descendiente de don Luis de Villanueva, muy nombrado en las historias de España. Pasando despues estos caballeros á Portugal, llamados del obispo don Diego Ortiz de Villegas, su hermano, asentaron casa en Moura, y el rey don Manuel honró mucho á sus hijos. El año de 1553 el rey don Juan el Tercero, en remuneración de los servicios que le hizo su nieto Pedro de Villanueva, le dió nuevas armas, que son una serpiente, llamada Tiro, de oro, con pintas negras en campo verde, y por timbre medio tiro

del mismo color, que están registradas en el archivo real de aquel reino, que llaman Torre de Tombo. Es su legítimo descendiente don Diego Enriquez de Villegas, caballero y comendador en el orden de Cristo, capitán de corazas, muy conocido por su calidad y escritos, y fué estimado de DON FRANCISCO por su pariente y amigo, y mucho más por sus letras y erudición.» (Vida de don Francisco de Quevedo y Villegas, escrita por el abad don Pablo Antonio de Tarsia. Madrid, 1663, pág. 8.)

(3) Hé aquí los blasones de esta familia. Escudo trino partido en pal: tres lises de oro en campo azul (una sobre otra) componen el primer cuartel; caldera sable en plata, el segundo; y el tercero, en campo de plata un pendon con su asta mitad blanco, mitad colorado. Por orla y divisa la siguiente desafortada letra:

Yo soy aquel *que-vedó*
El que los moros no entrasen,
Y que de aquí se tornasen,
Porque así lo mandé yo.

Preciándose los Quevedos de que por su arrojo no pisaron los alarbes el valle de Toranzo, eran los más hinchados de la montaña, y anduvieron en bandos contra la familia de Castañeda, hasta que á unos y á otros los ajustó, ya con la negociacion, ya con la fuerza, el rey don Pedro el Justiciero.

Cuando visitó nuestro poeta la casa de sus mayores escribió en sus arruinados muros:

Es mi casa solariega
Más solariega que otras,
Pues por no tener tejado
Le da el sol á todas horas (a).

(a) Biblioteca Nacional, M. 276.—Informacion de don Manuel de Quevedo.

tos suntuosos, ó en la multitud de vasos sagrados, lámparas y relicarios de plata que de su mano enriquecían continuamente la parroquia de Santo Tomás de Bejoris (1).

Otro género de ambición estimulaba á Pedro, amigo de las letras y deseoso de hacerlas brillar calificando su hidalguía en el palacio imperial de Carlos V. Empeñado á la sazón el rayo de la guerra en empresas militares, gobernaba el reino su hija la princesa María, quien recibió por secretario al montañés, y lo llevó consigo cuando su esposo Maximiliano se coronó emperador de Alemania. Largos años permaneció Gomez de Quevedo en su servicio; pero, anhelando regresar al suelo patrio, recibió de aquella augusta señora, ya viuda, una carta fecha en Praga á 29 de agosto de 1578, para el rey de España su yerno y hermano, encargándole los méritos del servidor y la mucha estimación en que le tenía. Felipe II, feliz sobremanera en la elección de hombres dignos para los puestos y cargos, acreditó la prudencia, sagacidad y tino de nuestro caballero, honrándole con la plaza de secretario de su cuarta mujer Ana de Austria (2). Probable parece fuera entonces cuando se prendó de una virtuosa dama, natural de Madrid, pero oriunda de la montaña, que asistía á la cámara de la Reina y se nombraba doña María de Santibañez (3), y que ambos se uniesen en matrimonio á fines de 1579.

De este vínculo nació en Madrid nuestro DON FRANCISCO DE QUEVEDO VILLEGAS, el cual fué bautizado en la parroquia de San Ginés á 26 de setiembre de 1580 (4). Desde los albores de la niñez mostró en esperanza el fruto cierto de su fácil y claro ingenio, que muy temprano comenzó á florecer y arrebatar la vista en la carrera de los estudios. De tierna edad perdió á su padre; pero admitida su madre en la servidumbre de la infanta doña Isabel Clara Eugenia (á quien Felipe II amaba como á ninguno de sus hijos), logró atender con holgura á la educación del huérfano, animándole para que se apoderase de las ciencias, y con su especulación adiestrase la voluntad y enriqueciese el entendimiento. A lo mejor se le murió también su madre, cuyo amor y prudencia eran freno á la viveza sin igual de su imaginación, á la fogosidad de su espíritu y á la vehemencia de su carácter, en el tiempo en que comienzan á desarrollarse las pasiones. Quedó por tutor el protonotario de Aragón Agustín de Villanueva, y pudo más libremente el pupilo dar rienda suelta á los ímpetus de su genio y curiosidad nativa, entrando á conocer de lleno el mundo por experiencia propia: escuela donde se necesita manejar hombres, y no libros. Pero entonces tenía ya formado el corazón y doctrinado el discurso con noticia de muchas ciencias y facultades, á que se consagró en su insaciable ansia de saber (5).

Aprendió latín y griego, y en la universidad de Alcalá de Henares se abrió la puerta á las letras humanas, que aguzan y avaloran el talento; viniendo á entrar en deseo de poseer, como poseyó más adelante, las lenguas sabias arábiga y hebrea, y la francesa é italiana con tanto primor, que en todas ellas era reputado excelente. Sobre tales cimientos supo levantar edificio de más serios estudios, mereciendo, con regocijo indecible de sus maestros y admiración de ancianos y doctos, ser graduado en teología cuando aun no contaba cumplidos quince años (6).

A los veinte y tres le había granjeado ya su erudición la correspondencia epistolar de Justo Lipsio y de otros sabios humanistas españoles y extranjeros; y animábase aquel en 1605, desde Lovaina, juntamente con don Bernardino de Mendoza, á tomar la defensa de Homero; apellidándole *el mayor y más alto honor de los españoles* (7).

(1) Tarsia, pág. 8.—*Información de nobleza de don Manuel de Quevedo Villegas.*

Casó Juan Gomez de Quevedo con María de Cevallos, y tuvieron sucesión dilatada. Tercer nieto suyo fué don Manuel de Quevedo Villegas, que en los años de 1705 y 1704 hizo información de nobleza, donde á más del escudo y armas de su familia, un árbol genealógico, las partidas de bautismo y testamentos de sus abuelos, trasladó el testamento y codicilo de nuestro insigne escritor. El fecundo poeta venezolano don José Heriberto García de Quevedo, que, juntamente con el apellido, heredó tan curioso documento, me ha proporcionado la satisfacción de disfrutarle.

(2) Tarsia, pág. 7.

(3) Su padre Juan Gomez de Santibañez Cevallos, originario de San Vicente de Toranzo, había sido aposentador de palacio de la emperatriz Isabel, y gozaba desde el año

de 1566 plaza de contino en la casa real. Su madre, doña Felipa de Espinosa y Ruada, era azafata de la Reina: entrambos de noble prosapia. (*Nota autógrafa de QUEVEDO.*—Tarsia, pág. 10.)

(4) Archivo de esta iglesia, libro 6 de bautismos, fol. 169 vuelto.

(5) Tarsia, páginas 12 y 16. Llama con error manifiesto don Jerónimo al protonotario Villanueva, confundiéndole con el célebre amigo del conde-duque de Olivares, á quien persiguió terriblemente la Inquisición.

(6) Tarsia, pág. 16.—Por las vicisitudes de la famosa universidad de Alcalá de Henares, se ha perdido el libro donde constaba el grado del joven teólogo.

(7) Tarsia, pág. 17 y 23.—*Vincentii Marinerii valentini opera omnia.* Turnon, 1655, pág. 553, 540, etc.

De aquellos sabios eran Juan Queralt, maestro primario de humanidades en Salamanca; Gaspar Scioppio; Martín

Demás de estos ejercicios y disciplinas, fué muy versado en los derechos civil y canónico, matemática, astronomía, medicina y filosofía natural, aventajándose sobre todo en la moral y en la política, ciencias que mejoran al hombre y le adiestran en el arte de dirigir á los demás. Debía quien era tan docto en letras humanas aspirar á serlo también en las divinas, fuente inagotable de las virtuosas aguas de la sabiduría y de la verdad; y en efecto, al profundo conocimiento de la Sagrada Escritura y de los Santos Padres consagró QUEVEDO mayor atención á medida que los sinsabores é infortunios de su azarosa vida iban reclamando este eficazísimo consuelo (1).

Arrebatóle el cultivo ameno de la poesía las más lozanas horas de su niñez y juventud, y por él comenzó á introducirse en la estimación general; hasta el extremo de que al formar Pedro de Espinosa las *Flores de poetas ilustres* dedicadas á don Alonso Lopez de Zúñiga y Sotomayor, séptimo duque de Béjar, en 20 de setiembre de 1605, le incluyó en aquella colección preciosa como uno de los vates más célebres y fecundos de su tiempo. El colector advirtió haber escogido de un libro manuscrito de poesías de don FRANCISCO, las diez y siete que publicaba (2), con las cuales, particularmente con las letrillas, el novel ingenio le iba á los alcances al gran don Luis de Góngora en el donaire, desenfado mordicante y riqueza de los chistes picarescos. En todos estos rasgos aparece formado ya el gusto y el estilo, valiéndose á su autor el renombre de poeta satírico y epigramático; pero ni remotamente el de apasionado y amoroso, que es el *a-be-ce* de cuantos cultivan las musas.

Cursando niño QUEVEDO las escuelas, haciendo camarada con estudiantes y pícaros, que era todo uno, y con nobles estragados, antes vió las rosas de Chipre regalar sus sentidos, que las pudiera apetecer el alma y adivinar la fantasía. Con su orfandad adelantada careció QUEVEDO de padres: ¿cómo extrañar que aquella mocedad fogosa rompiera todo freno, desconociese todo respeto y se entregase con desapoderada locura á los ciegos naturales impulsos del brutal apetito? Sin madre que vele en la infancia y que encamine la juventud; sin madre que desde temprano siembre y cultive en nuestros corazones la semilla del amor puro, y con ella todas las virtudes; sin madre que ilumine con la llama inmensa de su cariño las futuras sendas de nuestra vida; ¿quién sin riesgo atraviesa el alborotado mar de las pasiones? Inficionaron pues el corazón del mancebo corrompidas mujeres, y extinguieron en él cuando nacía ese instinto misterioso y santo de castidad, que es la flor del alma, y que brota en el hombre con la llama de la vida; conoció el deleite antes que el amor, invirtiendo así el orden de las cosas, y aprendiendo á despreciar á las que dan el uno sin sentir el otro. Con esto, andando en poco tiempo mucho mundo, careció, si no de toda sensibilidad, á lo menos de aquella pura, exquisita, inmaculada, que solo nace y se desarrolla en la escuela materna ó con el comercio honesto de las mujeres que son lustre de la sociedad y encanto y honra de su sexo. El mozo, que en esa mitad de su ser no vió nunca sino lo interesable y ridículo, no podía emular y hacer propia la ternura y delicadeza de Garcilaso, del bachiller de la Torre, ni de Lope de Vega. Fuerza era que á los veinte años escribiese burlas y sátiras, apólogos y vejámenes, las *Cartas del caballero de la Tenaza*, y el romance

Yo, el menor padre de todos.

Fué, sin embargo, en QUEVEDO el amor una violenta necesidad para los sentidos, que no pudo subyugar en ninguna época de su vida, que se la puso á riesgo infinitas veces, pero que jamás le dictaba dulcísimos cantos; ocasionábale sí cuchilladas y pendencias, escándalos y prisiones. Muchacho estudiante en Alcalá, quita la dama á un camarada que decían don Diego Carrillo; es motejado de cobarde, y hiere á punto de muerte al ofendido compañero. Fulminase proceso contra el desatentado mozo, y sálvase la vida, por intercesión del duque de Medinaceli, doña Catalina de la Cerda, mujer del favorito del Monarca (3). En Nápoles se enamoró de la mujer de

de Sevilla, don Alonso Maranta, don Francisco Lopez de Aguilar Coutiño, del hábito de San Juan, y don Jerónimo de Ribera, cuyas hazañas van unidas á las del gran virey de Nápoles. El padre Mariana, en sus más delicadas tareas literarias, confiaba á QUEVEDO el examen y corrección de los textos hebreos, por la seguridad que tenía de sus grandes conocimientos en este idioma.

(1) Tarsia, páginas 21 y 55.

(2) Compónense de una linda fábula mitológica, de dos

canciones burlescas, encargándole la hermosura de una dama entre rota y remendada, y la suma flaqueza de otra; de varios epigramas, sonetos y epitafios imitando á Marcial y á los antiguos, y de tres letrillas satíricas con los estribillos de *Punto en boca, Con su pan se lo coma, y Poderoso caballero es don Dinero.*

(3) El mismo QUEVEDO lo confiesa en carta de 25 de febrero de 1636.

un magnate de la corte llamado Menardini, quien se la llevó á Raguza despues de haber tenido fuertes contestaciones con QUEVEDO, y hubieran parado en desafio á no ser por el duque de Osuna. Sus aventuras de Italia no tienen cuento. Alguna de España le sacó de las cadenas y calabozos; otra fué estímulo para la última persecucion que le llevó al sepulcro. A los cincuenta y nueve años creia poder bizarrar como en los hervores de la juventud, y exclamar como entónces:

Si va á decir la verdad,
De nadie se me da nada;
Que el ánima apicarada
Me ha dado esta libertad.
Solo llamo majestad
Al rey, con que hago la suerte;
No temo en damas la muerte
Tanto como en un doctor;
Que las cosas del amor
Como me vienen las tomo.
Yo me soy el rey Palomo,
Yo me lo guiso y yo me lo como.

Pero no adelantemos tiempos ni sucesos, y vengamos á los presentes.

El duque de Lerma, recelando para su favor riesgos en el amoroso respeto que á la emperatriz María (retirada hacia veinte años en las Descalzas Reales de Madrid) profesaba el Monarca, trasladó á Valladolid la capital del reino, saliendo para esta ciudad los príncipes á 11 de enero de 1601. QUEVEDO siguió la casa real. Tres años vivió suspirando por su patria; al saludarla por breves dias en el de 1604, escribió el romance que comienza:

De Valladolid la rica;

y cuando, muerta la Emperatriz, y ganado con regalos cuantiosísimos el ánimo del Duque, tornó á Madrid la corte en febrero de 1606, hizo el poeta resonar su lira con un romance burlesco. Vemos por uno y otro que á su salud era contrario el destemplado clima de las márgenes del Pisuerga, y puede sospecharse que su enfermedad estaba en el espíritu, cuando debió alivio prodigioso á una carta de Justo Lipsio, recibida por noviembre del año anterior en los momentos en que empezaba á traslucirse el regreso de la regia familia á las orillas del Manzanares (1).

Las quejas públicas y acriminaciones contra el mal gobierno calentaron por aquellos dias la imaginacion del jóven poeta, y abrieron nuevos caminos al empleo de su entendimiento.

Con entrada en palacio, relacionado con los áulicos y próceres, con el estado llano y la plebe, estimado de los sabios de dentro y fuera de España, muy presto siempre á buscar la amistad y doctrina de los ancianos y experimentados, hacia en verdes años harto caudal de experiencia. Escuchaba por aquellos dias con suma afición al venerable Juan de Mariana, y de sus labios la causa de los males públicos del reino, recibiendo de este varon incomparable los opimos frutos de su vasta erudicion y maduro juicio. Entónces convirtió su atencion entera á la reforma de las costumbres y á la especulacion de la ciencia de gobierno; sugiriéndole los escritos de Luciano la idea de envolver con las sombras de un sueño la censura de los vicios. Hasta allí nadie habia imitado en Europa aquel modelo (2), ¿quién desde entónces no peca en

Lo de sueño me ha dado y visioncita?

Para ensayo escribió la *Casa de locos de amor*, donde cargó la mano en los devotos de monjas, ya porque le repugnase esta desacordada costumbre, ya por imitar á Góngora, que los habia zaherido en muchas ocasiones, y gallardamente en la letrilla

Mandadero es el arquero,
Y si que era mandadero.

(1) Tarsia, pág. 57.

(2) Muchos antiguos y modernos escritores adoptaron para sus composiciones la forma de un sueño. En el de Escipion agitó el padre de la elocuencia las más importantes

cuestiones de la filosofía. Dante, Petrarca, Boccacio, Cervantes, y posteriormente don Diego de Saavedra, se valieron de igual resorte para desplegar las galas de su ingenio; pero no tuvo ninguno el intento moralizador del filósofo de Siria.

Encarecer el desastroso precipicio á que vino la monarquía en este tiempo, regida, á nombre de Felipe III, por un indigno favorito, fuera cansar al lector con lo que ya tiene olvidado. El des-gobierno se habia reducido á sistema, los premios no buscaban al benemérito, desaparecian los tesoros de América, y esquilmbábase al pueblo miserable con gabelas y derramas para ayudas de costa y gajes del favorito y de sus cómplices (1). La pobreza desconsoladora reprimia el enojo de los espíritus sabios y valientes, y el riesgo de la persecucion heló más de una vez los festivos raudales del alma. A toda prisa hacia degenerar el crimen la raza española, y los jueces, gobernadores y ministros, que en el anterior reinado fuéron modelos de lealtad, rectitud y desinterés, se habian repentinamente convertido en lobos y buitres devoradores (2). Treinta y seis años sirvió á Felipe II don Pedro Franqueza, conde de Villalonga, sin ser jamas reconvenido civil ni criminalmente; y á los nueve de ejercer cargos por Felipe III subió á tanto el escándalo y nota de sus excesos, que hubo que sujetar á prision, perseguir con violencia, y dejar morir en la cárcel á este secretario de Estado (3). Ocioso es decir cómo andarian los oficios menores.

Lo ejemplar de semejante proceso pudo alentar al jóven escritor con la esperanza de que, por grande que sea el desenfreno de los vicios de un pueblo, rinde tributo á la verdad y á la justicia. Quiso decir la y hacerla, y se decidió á blandir el arma de la inteligencia y del saber contra el desórden y la general corrupcion, bosquejando un *Sueño del juicio final*, para juzgar todas las clases del Estado, y remover y limpiar el cieno de aquella sociedad degenerada. Los pintores, desde Orgagna hasta Miguel Angel, y los poetas, desde el cantor de Aquiles hasta el de la *Divina comedia*, habian tratado el propio asunto. Luciano le facilitó el camino, QUEVEDO no le desamparó nunca. Quince años tardó en completar los *Sueños*, y cada uno de ellos aventaja al precedente, á proporcion que el estudio y la experiencia mejoran el juicio y robustecen el ingenio. El moralista español arrebató al siríaco la gracia en el decir, la felicidad en inventar, el donaire en las burlas, en la sátira lo picante; con él compitió en el artificio de disfrazar las alusiones que escuecen; en el decir las verdades riendo, y de reirse diciendo la verdad, y en la pintura de las costumbres, cuidados é inclinaciones de los hombres.

Ademas tomaba puntos para sus lecciones satiricas en las eternas obras de Miguel de Cervantes Saavedra, con quien le unia estrecha amistad, utilizando el inagotable tesoro de las novelas ejemplares *El licenciado Vidriera* y el *Coloquio de los perros Cipion y Berganza*.

El primero de los *Sueños* fué dedicado y leído en 3 de abril de 1607 á don Pedro Fernandez de Castro, conde de Lemos, que, por el favor de su suegro el duque de Lerma, ocupaba á los treinta y un años la presidencia de Indias, y en quien las letras tuvieron un Mecénas ilustrado, que eternizó su nombre socorriendo á Cervantes con algunos desperdicios de su grandeza.

Dos meses ántes se habia ofrecido un lance á QUEVEDO, que por lo muy frecuente retrata la época y la fiera de nuestros antiguos españoles. Iba cierta noche de enero por la calle Mayor: un capitán llamado Rodriguez se atreve á quitarle la acera; esgrimen las espadas, hiere el capitán á su adversario en la frente, pero este de una estocada le atraviesa el brazo derecho. Andando el tiempo fuéron los dos muy amigos (4).

En marzo de 1608 acometió á DON FRANCISCO una enfermedad aguda. Varios parientes de su madre, avecindados en el Fresno de Torote, le instaron porque pasase á convalecer en aquella villa del partido de Alcalá de Henares, donde logró pronto restablecimiento. Hizo allí los romances

Diéronme ayer la minuta...;
Villobres con Guirindaina...;
Mi marido, aunque es chiquito...;

(1) Solamente las donaciones que se hicieron al duque de Lerma pasan de cuarenta y cuatro millones, segun acusacion del fiscal don Juan Chumacero y Sotomayor. (Biblioteca Nacional, Ff. 137.) Decia el Duque á don Rodrigo Calderon que las mercedes se han de sacar de los monarcas una á una, como los juncos.

(2) Mariana, *Discurso sobre la moneda de vellon*. (Biblioteca Nacional, Q. 104.)

(3) Enero de 1607. (Biblioteca Nacional, Cc. 96.)

(4) Yo sé que no hay ningun género de oficio destes de mayor canja, que no se granjee con alguna suerte de cohecho, cual más, cual ménos, decia el Duque á Sancho Pan-

za confirmandole su nombramiento de gobernador de la insula Barataria. Por pragmática de 19 de marzo de 1614, noticioso Felipe III de que se pretendian con dádivas y por otros medios ilícitos, asilas prelacias y dignidades eclesiásticas como los gobiernos y judicaturas, impuso graves penas á los pretendientes, á los que prometian valimiento; y mandó que las dignidades, oficios y mercedes se proveyesen en personas dignas, sin intervencion de ninguna suerte de cohecho.

(4) Nota del sobrino de QUEVEDO, don Pedro Aldrete, no publicada.

el soneto contra cierto capellan de aquel pueblo,

Erase un hombre á una nariz pegado...;

y dió cabo al *Sueño del Infierno*, ó sease *Las zahurdas de Pluton*, á postrero de abril, dejándolo consignado en el discurso, como tambien que se hallaba en los veinte y ocho años de su edad. Remitiólo tres dias despues á un amigo de Zaragoza (á no dudar, Lupercio Leonardo de Argensola), quejándose ya de las maliciosas calumnias que al parto de sus obras anticipaban sus enemigos. Habiendo regresado á Madrid á fines de mayo, leyó este opúsculo al conde de Lémos, y partió á pasar el verano en la Torre de Juan Abad (1). A su vuelta á Castilla se le encojó la mula, y tuvo que pernoctar en Argamasilla de Alba, en la casa del párroco. Visitáronle los caciques y ricachos, é instándole juntamente con el huésped á que improvisase algunas coplas, rompió el rasgo, haciendo en un romance el *Testamento de Don Quijote*. ¡Tanta era ya la popularidad de *El ingenioso hidalgo de la Mancha*!

Hallóse por este tiempo en un concurso de los mayores señores de la corte en casa del conde de Miranda, presidente de Castilla. Era ocupacion de los nobles é hidalgos el juego y ejercicios de las armas, y armas y letras asunto de sus tertulias y reuniones. Acababa de publicar el diestro de profesion don Luis Pacheco de Narvaez, caballero andaluz, sus *Cien conclusiones*, para conocimiento científico de la verdadera destreza; y en presencia del autor disputaban los concurrentes acerca de su aplicacion y eficacia. Impugnaba QUEVEDO cierto género de acometimiento que en el tratado se afirma no tener reparo ni defensa; y empeñándose la disputa con las diferentes opiniones, se remite el censor á la práctica, convidando á la prueba. Excúsase el maestro, alegando que únicamente se habia reunido la academia para pelear con razones, y que las del libro eran de todo punto incontrovertibles. Exáltase DON FRANCISCO, y grita: «Saque vuestra merced la espada, y dígame todo eso con las manos.» Estrechados por los circunstancias, empuñan uno y otro las negras de esgrima; santigua QUEVEDO á su contrario al primer encuentro, y le hace por último saludar á la asamblea, derribándole el sombrero de un botonazo, divirtiéndolo á la concurrencia con este chiste: «Probó muy bien el señor don Luis Pacheco la verdad de su conclusion; que, á haber reparo en el acometimiento, yo de ningun modo le pegara.» Ambos fuéron siempre enemigos. Uno formó parte del *Tribunal de la justa venganza*; el otro diseñó ridiculamente al esgrimidor en la novela del *Buscon*, escrita poco tiempo despues de este suceso (2).

Trabó amistad nuestro escritor á principios del año siguiente de 1609 con uno de los más famosos personajes de aquel reinado, el ilustre don Pedro Tellez Giron, duque de Osuna, que con el renombre de atrevido y valiente, lleno de heridas y de deudas, tornaba en aquellos dias de las campañas de Flándes. Cien hechos gloriosos habian allí desvanecido la memoria de los excesos que le arrojaron en prisiones por julio de 1602 en un lugar del Condestable. Rompiéndola, huyó á la nacion vecina; y sin que fuesen parte á detenerle en Paris el recibimiento y agasajo que el magno Enrico le hizo, sentó plaza de soldado en los ejércitos españoles, donde ascendió á capitán de caballería. Habria en los Países-Bajos recorrido todos los grados de la milicia, á no instar al Rey el archiduque Alberto porque le sacasen á Osuna de sus estados, como se verificó inmediatamente (3). Don Pedro habia nacido para mandar, no para obedecer; presentia sus prósperos destinos, y acercábase la hora de hacer resonar su nombre entre las gentes. Por un rasgo de suma habilidad capituló á su hijo, entónces único, don Juan Tellez Giron, marqués de Peñafiel, con doña Isabel de Sandoval, hija del duque de Uceda y nieta del valido, con lo cual se abria camino á los puestos más importantes del Estado. Para tener todas las dotes de insigne ministro y sagacísimo soldado, á más de la natural gallardía y ánimo generoso, abrigaba íntimo convenci-

(1) En los famosos campos de Montiel, tres leguas de Villanueva de los Infantes, catorce de Ciudad-Real y treinta y seis de Madrid. Confina por el cerceo con la villa de Cózar, por el oriente con Almedina, por el mediodia con Villamanrique, y al ocaso tiene á Santa Cruz de Mudela. Es punto que aun no he logrado averiguar si de sus padres vino á DON FRANCISCO el censo y jurisdiccion que tuvo contra aquella villa y su concejo, si lo adquirió su tutor, ó el mismo QUEVEDO luego que entró en la administracion de su ha-

cienda. El señorío no lo tuvo hasta despues del año de 1622. Voy á los alcances de datos muy seguros para conseguir la certeza de este y algun otro punto.

(2) Tarsia, en la vida del autor, pág. 39; Lope de Vega, en la *Circe*, impresa en 1624.

(3) Carta autógrafa de 28 de octubre de 1608. — Opondríase tal vez á alguna condicion de las treguas con Holanda, en que tenia el Archiduque tan vivo y justo empeño.

miento de que el valor y el poder, si van acompañados del consejo, cooperacion y alabanzas de los sabios, resplandecen y pasan á las generaciones con laureles inmarcesibles. Reparó en la prepotencia intelectual de QUEVEDO, amó su ingenio; buscáronse aquellas dos almas que tanto necesitaban la una de la otra, y cuyas fuerzas unidas habian de ser un torrente impetuoso.

Dedicó DON FRANCISCO al Duque dos obras de muy diversa índole: *Anacreon castellano*, rico de comentarios é ilustraciones, y la version de *Focilides*; con un obsequio hablaba á los sentidos del mecénas, con otro á su razon y entendimiento, puesto que las máximas del filósofo religioso tienden á labrar en el hombre la perfeccion, y con ella la felicidad. En 1.º de julio siguiente escribió la *Premática de las cotorreras*, poniendo tasa á toda clase de mujeres: rasgo saladísimo, pero nada limpio ni decente, hecho para solazar alguna bacanal de mozos libres y desocupados. Poco despues, en los primeros dias de agosto, se ve al escritor que se confesaba malo y lascivo inscribirse como esclavo del Santísimo Sacramento en el oratorio de la calle del Olivar, de donde eran ya hermanos Salas Barbadillo, Espinel y Cervántes, y lo fuéron muy luego Paravicino y Lope. No entibiaban entónces el fervor religioso los apetitos carnales.

La última memoria literaria de nuestro autor en aquel año es la traza de un libro con titulo de *España defendida y los tiempos de ahora de las calumnias de noveleros y sediciosos*: tratado lleno de curiosidades.

Murió en el año siguiente de 1610, á los veinte y siete años de edad, con sentimiento de toda la corte, don Luis Carrillo y Sotomayor, del hábito de Santiago, comendador de la Fuente del Maestre y cuatralbo de las galeras de España. Era hijo este caballero y celebrado poeta del presidente del consejo de Hacienda don Fernando, y de la nobleza de Córdoba; pero se habia distinguido sobre todo por el sello particular que imprimió á la poesia, introduciendo el primero el culteranismo en España. Con una cancion y un largo epitafio latino honró QUEVEDO su memoria.

A dar nuevo sesgo á la vida de nuestro cantor elegíaco vino un muy desagradable acontecimiento el juéves santo 21 de marzo de 1611. Hallábase en la iglesia de San Martin asistiendo á las tinieblas, y de rodillas allí, no léjos de él, una mujer al parecer de porte, de lindo arte y extremada compostura, cuando con poca razon y ninguna reverencia, por debates que hubo de tener con ella, un hombre le dió una bofetada. La santidad del lugar y del dia, el escándalo de los circunstancias, el desacato y la afrenta de una mujer honrada, todo encendió la indignacion en QUEVEDO, y asiendo violentamente del brazo al agresor, que ya en su frenesí intentaba contra la mujer demostracion más sangrienta, le sacó al atrio del templo, afeándole su audacia y desafuero. Ciega á los dos la cólera, desenvainan las espadas, riñen con furor indecible, y mortalmente herido, viene el de la bofetada á tierra y exhala pocas horas despues el último suspiro. Personas de cuenta la familia del muerto, por todos caminos apréstanse á la venganza; pero acogiendo DON FRANCISCO la cuerda opinion de algunos amigos leales y templados, resolvióse á poner tierra en medio, dando lugar á que la negociacion y buenos oficios calmasen el dolor y despuntasen el enojo. Habia poco ántes la majestad del tercer Filipo nombrado para el vireinato de Sicilia al duque de Osuna, quien hizo á nuestro hidalgo vivas instancias y magníficos ofrecimientos por llevarse consigo, aun cuando en él halló siempre tenaz resistencia. El Duque pensaba rivalizar con el conde de Lémos, teniendo en su compañía un poeta bastante á contrapesar con la colonia de ellos que llevó este en el año anterior de 1610 á su gobierno de Nápoles. Ya por abril empuñaba Osuna las riendas del de Sicilia, cuando tuvo la agradable sorpresa de ver entrar por huésped en su palacio á quien habia solicitado por camarada. Proporcionábale suceso de tanto gusto un varon docto y sagaz para el consejo, para el descanso un apoyo, para los azares del mundo un amigo, y para el esparcimiento un dulcísimo deleite (1).

Ya los negocios domésticos ó ya las resultas del desafio reclamasen la presencia de QUEVEDO en España, encuéntrasele retirado á la Torre de Juan Abad en 12 de abril de 1612. Con esta fecha dirigió al virey don Pedro Tellez Giron el sueño del *Mundo por de dentro*; y en 12 de noviembre al cronista don Tomás Tamayo de Vargas el discurso acerca del *Nombre, origen, intento, recomendacion y descendencia de la doctrina estóica*, y su version de *Epicteto*: en la epístola misiva ponderaba á Tamayo su reconocimiento por los señalados favores que le habia merecido. A la sazón cundia por toda España la nueva de estar en la Torre el escritor festivo y maleante, y era universal el aprecio con que se buscaban y copiaban las cartas, aun todavía no impresas, del

(1) Tarsia, pág. 61 y siguientes.